

## **Asincronía entre movimiento social y movimiento político**

*Conversaciones* entre Alfredo Pucciarelli y Ricardo Sidicaro

Bajo el título “Asincronía entre movimiento social y movimiento político” el comité editorial de la revista **Argumentos** convocó a los investigadores Alfredo Pucciarelli y Ricardo Sidicaro a intercambiar opiniones en relación con los *adelantos de notas* que cada uno había escrito por expreso pedido del comité sobre este tema. Las *conversaciones* se desarrollaron el día jueves 14 de noviembre de 2002 en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

La versión completa de los *adelantos de notas* “Una asignatura pendiente” de Alfredo Pucciarelli y “La distancia sociedad – partidos” de Ricardo Sidicaro, que sirvieron como elementos disparadores para la discusión crítica que se transcribe a continuación, están incluidos en este mismo número de **Argumentos**.

Las *conversaciones* constaron de tres partes: en la primera, cada uno de los investigadores expuso brevemente las ideas centrales de su *adelanto de nota*; en la segunda, cada uno realizó una lectura crítica y señaló diferencias en relación con el *adelanto de nota* del otro; y, en la tercera, a partir de un diálogo menos pautado, se intercambiaron puntos en común, objeciones, defensas y críticas.

**Ricardo Sidicaro:** El título de la convocatoria, “Asincronía entre movimiento social y movimiento político”, lo interpreté como la distancia entre la sociedad y los partidos políticos. Frente a este hecho me hice la pregunta: ¿por qué esa distancia? Y la mejor forma en que sabría plantear este problema es reformulando la cuestión del siguiente modo: ¿qué pasó en la sociedad para que se produjera esa toma de distancia

con respecto a los partidos políticos?

Quiero aclarar en primer lugar algo que no está explicitado en el artículo o que lo está sólo en parte, y es que creo que los partidos políticos no cambiaron mayormente y que lo que sí cambió notablemente es la forma en que la sociedad los ve. Los partidos, según mi opinión, fueron siempre como son ahora. Pero algo pasó en la ilusión societal con respecto a los partidos. Para poder fundamentar esto sostengo como primera cuestión –tal como suelo hacer cuando analizo cualquier problema argentino– que es necesario no creer que hay algo que pasa en la Argentina que es muy particular y extraordinario y completamente diferente de lo que sucede en otras partes del mundo. En consecuencia, intento recuperar tendencias compartidas o generalizadas en otras latitudes, en especial, de lo que llamamos occidente. Y lo que se constata en el mundo moderno es que el alejamiento de la sociedad con respecto a los partidos se registra hoy en muchos países. Se manifiesta como abstención electoral, como rechazo contra los partidos tradicionales y poca afección por los nuevos, se registra con encuestas que dicen que la gente cree hoy menos en los partidos. Bueno, todo eso se inscribe dentro de un proceso general de cambio de sociedad que corresponde a lo que Ullrich Beck denomina “la segunda modernidad” y que, entre otras características, supone el crecimiento del individualismo y la consiguiente mayor reflexividad social y de los sujetos. Cada vez más los sujetos piensan por sí mismos, dicen “yo soy yo” y, por lo tanto, se alejan de las identidades políticas, culturales y nacionales de otra época. Las identidades políticas eran un artefacto de dominación que pesaba sobre las personas en un grado tal que cuando se les preguntaba “¿vos por quién votas?”, contestaban “yo soy”. Entonces todo era una confusión y en lugar de responder sobre un comportamiento o conducta electoral el interrogado hablaba del ser. Fue algo común en la primera modernidad que las personas hablaran, y se

sintieran, formando parte de colectivos fuertes: una clase social, que otros se enfervorizaran con el magma ideológico de la nación y que, en general, se identificaran permanentemente con determinados partidos o ideologías de la derecha o de la izquierda. La primera modernidad también estuvo guiada por la existencia de la creencia en el Estado-nación, en el patriotismo y esto se dio junto con la conformación de fuertes identidades religiosas, étnicas, sexuales, regionales, políticas, etc.

La segunda modernidad revela, en cambio, un notable aumento de los individuos que tienen capacidad de construir biografía. Y si eso sucede, en gran parte, es porque se produce una desestructuración de los tejidos sociales de pertenencia y, en particular, de las formas de incorporarse al mundo del trabajo. A su vez, se tiende a la declinación del mito del Estado-Nación. En este sentido, la globalización es un elemento extraordinario para debilitar la creencia en las capacidades nacionales. Se ha heterogeneizado toda la cultura: muchas personas en distintos lugares del mundo pueden ser consumidores de los más diversos bienes o productos culturales al mismo tiempo, y así, sin casi darse cuenta, se salen de sus sociedades nacionales y se hacen cosmopolitas. No me interesa preguntarme aquí si eso es positivo o si es negativo. Tampoco me interesa, por ejemplo, si es positivo vivir toda la vida trabajando nueve horas dentro de una fábrica y estar contento por estar subordinado a un sindicato o un partido que propone identificarse con una clase social o con una patria. Nunca diría que tener esas ideologías es mejor que perderlas, simplemente, hago una constatación que me permite decir que buena parte de la sociedad se fue convirtiendo en más reflexiva de lo social, para emplear el término que la sociología ha impuesto en los últimos años.

Esa acrecentada reflexividad social es la que se encontró en la base del deterioro de la imagen de los partidos, pero no por lo que los

partidos hicieron, que sería otro objeto de indagación, que supondría decir que los partidos hicieron esto o aquello y, fundamentalmente, que la gente se dio cuenta que ya no la representaban, como sí anteriormente hubiesen sido maravillosos y fieles representantes de la ciudadanía. Esta posición supondría una teoría de la sociedad que, en pocas palabras, implicaría que hoy la política de los partidos cambió y que todo es supuestamente transparente para la sociedad que reaccionó en su contra.

A partir de aquí recorro en mi muy breve artículo algunos aspectos de cómo se fue dando el deterioro de la relación sociedad – partidos políticos, y me hago una serie de preguntas sobre los grandes logros en materia de modernización de la sociedad y de los individuos que resultaron: primero, de veinte años de democracia, de las prácticas y las ideas de una nueva realidad política e institucional que no transcurrió en vano. La democracia creó sujetos que salieron del estupidismo propio de la alternancia cívico-militar, creó sujetos que votaron sistemáticamente y creó sujetos que conocieron por primera vez de modo prolongado una situación de libertad de opinión. Se modernizaron los sistemas educativos, se modernizaron los esquemas legales de regulaciones familiares y todas las esferas de lo político y de lo institucional. A su vez, contradictoriamente, con el neoliberalismo se produjo la modernización económica que también ayudó al desarrollo de una nueva subjetividad, tanto en los beneficiados como en los perjudicados en materia de ingresos. Los más pobres vieron aumentadas sus carencias económicas pero perdieron sujeción política y sindical, y comenzaron a constituirse en lo que llamo los sectores populares posperonistas.

Las mencionadas dimensiones política y económica tienen efectos que podemos constatar en las acciones de sujetos capaces de salir a protestar a la calle. Por ejemplo, aquellos que van con una cacerolita a golpear diciendo que los bancos les robaron sus ahorros son personas

que, probablemente, nunca habían salido a protestar por nada. Y no son pocos los sujetos que están dispuestos a irse del país, porque no soportan sentirse tan estúpidos de creer que van a hacer un saludo a la bandera mientras los dejan sin trabajo, mientras les roban los ahorros, etc. Estos sujetos ganaron en autonomía.

En las personas pobres también se observa el mismo proceso y no sólo por el modo en que se alejan de sus anteriores obediencias o lealtades políticas. Siempre me gusta señalar que en los medios sociales pobres es en los que más se cambia de religión, que es la identidad más dura que existe. Y que se pueda salir de una religión e ir a adherir a Dios en otra religión es una manifestación extraordinaria de construcción de autonomía y de individualismo.

En mi artículo continúo señalando cómo mucha gente perdió en ciudadanía y ganó en autonomía, algo que es, aparentemente, una paradoja. Muchos perdieron en ciudadanía civil porque les robaron los fondos de ahorros o de jubilaciones o les afectaron negativamente sus propiedades; perdieron en ciudadanía política porque tienen mucho menos representación política o parlamentaria y el Estado ignora sus intereses y sufragios, etc.; y perdieron en ciudadanía social porque retrocedieron buena parte de sus derechos en materia de trabajo, de protección de la salud y desenvolvimiento del sistema público de educación, etc.

Y, sin embargo, esos sujetos, frente a esta dinámica excluyente, han ganado en autonomía cognitiva y en autonomía evaluativa. Y, como ganaron en autonomía evaluativa –y aquí mi artículo se relaciona con los temas que trata Alfredo Pucciarelli–, tampoco los atrapan los discursos de las protestas, porque no aceptan a unos jefecitos nuevos que vienen a decirles “vamos por acá, vamos por allá”. Muchos salieron con la ollita, golpearon y después que terminaron de golpear, hicieron catarsis, se fueron a la casa y por ahí volverán con la ollita otro día.

Pero difícilmente esos sujetos estén en condiciones de volver a creer en candidatos del tipo de los de la Alianza o que hay un jefe, que hay un grupo, que hay un líder, porque son personas que asumen su propia politicidad, sujetos que se comportan como individuos de la segunda modernidad y que no creen en la jerarquía y dudan de casi todo lo que existe.

El problema de la protesta podría haber sido abordado por otro lado, atribuyendo algunos sentidos fundadores de esas conductas. El problema que me interesa es, más bien, cómo se fueron emancipando los sujetos de las viejas identidades, cómo quedaron más libres. Porque si los sujetos no hubiesen quedado más libres, los veinte años de democracia hubieran sido en vano para el hombre y la mujer común y sólo serían celebrables para los dirigentes políticos, y los diez años de liberalismo económico solamente hubieran sido una cuestión de concentración económica. Los diez años de liberalismo económico abrieron notablemente al cincuenta por ciento de ingresos superiores de la sociedad la posibilidad de pensar –aunque sea para muchos en términos de cómo consumían, pero para todos significó una incitación o una posibilidad de pensar en más y en nuevas opciones– y al otro cincuenta por ciento de los más pobres los situaron en condiciones de existencia que, también, les condujeron a dudar de sus creencias tradicionales. Si se mira algunas encuestas, los que están más descontentos con la política son el cincuenta por ciento superior, el cincuenta por ciento inferior está relativamente menos insatisfecho con los partidos. A la pregunta “¿cree usted en nuevos partidos?”, la mayor parte del cincuenta por ciento inferior responde “no”. Nunca se puede saber el valor de las encuestas de actualidad, pero la mayor parte de los sectores más bajos siguen manteniendo su identidad electoral: van a ir a votar, como lo están anunciando muchos sondeos de opinión, por algún candidato del peronismo. La mayor parte del cincuenta por ciento

más alto está preguntándose qué va a hacer y son, por lo tanto, aquellos más propensos a manifestar sus dudas y angustias evaluativas. Pero los integrantes de ambas mitades de la sociedad se destradicionalizaron, políticamente ya no tienen adhesiones automáticas ni identidades como las de antes.

**Alfredo Pucciarelli:** En principio yo quiero aclarar que leí la consigna "Asincronía entre movimiento social y movimiento político" de modo distinto. Le asigné demasiada importancia, a lo mejor, al segundo término de esta ecuación y creo que Ricardo Sidicaro le dio mucha más importancia al primer término de la relación sociedad-política. Por mi parte, interpreté la noción de "movimiento social" en forma menos amplia, la relacioné con el conjunto de hechos y procesos que, sin ser políticos, ha estado generando la sociedad argentina últimamente, y me pregunté, qué asociación había entre esa producción social nueva, rica, diversa, extendida, que cruza sectores sociales y distinto tipo de actividades, por un lado, y la práctica política propiamente dicha, por otro. Y ahí apareció un tema que me preocupa especialmente, tanto desde el punto de vista académico como desde el punto de vista político, que es el de la fuerte asincronía que verificamos actualmente en el desarrollo de ambas instancias. Por eso la consigna original me pareció una oportuna provocación que nos incita a analizar las características y las causas de esa evidente falta de correspondencia. Cuando yo me refiero a política no estoy pensando sólo en partidos políticos, sino en algo más amplio, en la práctica política, en la producción política que nace dentro mismo de los movimientos sociales, y en la relación que hay entre aquellos que hacen política y política electoral, por un lado, y los movimientos sociales y la sociedad, por otro. Es una lectura diferente que lleva a abrir espacios diferentes de reflexión.

Hay que señalar, en primer lugar, que el saldo actual del proceso

de inserción en el mundo globalizado mediante el desarrollo de políticas neoliberales extremas en la Argentina es catastrófico. Y en segundo lugar, que si bien forma parte de tendencias mundiales, nuestra situación tiene, por esa causa, un altísimo grado de especificidad. El proceso de destrucción económica, de descomposición social y de vaciamiento institucional que viene asociado al predominio del capital financiero, a la liberalización de los mercados, a la destrucción del estado y a la distribución regresiva del ingreso es compartido por todos los países capitalistas periféricos pero en la Argentina parece haber alcanzado su mayor grado de desarrollo. Se ha convertido por ello en una especie de paradigma mundial del altísimo nivel de despojo a que puede ser sometida la gran mayoría de la sociedad durante su vigencia y de la máxima exacerbación de contradicciones y conflictos que genera durante su desarrollo. No hallamos frente a un desastre social inconmensurable. Cuando una sociedad como la nuestra llega a producir fenómenos de regresión social como los que hoy hemos visto y leído, consternados, en *Página/12*, pone en evidencia que se halla en un estado muy avanzado de descomposición social [Nota del editor: *Página/12* es un diario de circulación masiva que muestra en su portada del día 14 de noviembre la foto de un niño internado por desnutrición en un hospital en la provincia de Tucumán].

Me parece que esa cuestión no sólo es prioritaria en sí misma sino que debe marcar los puntos de partida y los criterios de análisis de la otra gran cantidad de problemas que ha generado la decadencia. Debemos tratar de entender cuáles son las características del proceso de descomposición y, a la vez, el rol que han desempeñado el Estado y las instituciones políticas tanto en su producción como en la generación sistemática de la gran cantidad de trabas y obstáculos que impiden a los sectores populares generar, difundir e imponer algún tipo de solución consistente. Nos hallamos frente a una carrera autodestructiva, y



aparentemente irreversible, tan prolongada que ha generado su propio imaginario, la ideología de la resignación y la impotencia, y sus propios ámbitos de reproducción. Exagerando los términos diría que la verificación de la decadencia y la aceptación de la impotencia se está convirtiendo en el *sentido común* que guía la percepción y la conducta de una buena parte de nuestra sociedad. Por ello el gobierno, que ha producido con sus aparentemente irracionales medidas económicas y sociales la etapa de mayores efectos desbastadores de todo el proceso de decadencia, se está dando el lujo de festejar como un gran logro de su gestión el hecho de que la economía haya detenido su decrecimiento, después de haber registrado un descenso del 18% en el último año. Y en ese contexto algunos medios y políticos han comenzado a plantear con absoluta impunidad la posibilidad de relanzar su candidatura presidencial. El llamado a elecciones y el contenido de la inmensa mayoría de las propuestas electorales forman parte de un intento complejo y multifacético de *naturalización* de la situación actual, de aceptación definitiva del nuevo escalón descendente en el que ha caído la sociedad, la economía, las instituciones, la política, la educación, etc.

Entonces mi mirada se coloca en una posición opuesta a la de Ricardo Sidicaro, porque yo busco entender qué papel han jugado en todo esto la política y los políticos. No hablo de proceso de modernización, ya que para mí no existió en la Argentina ningún tipo de proceso de modernización y sostengo que cuando nos referimos al proceso de globalización hay que tener cuidado de no generalizar, porque la Argentina ingresó en el nuevo sistema internacional con particularidades muy notables, que la llevaron a un proceso autodestructivo que es diferente por su magnitud, su profundidad y su ritmo de evolución al del resto de los países de América Latina.

El tema que a mí me preocupa es el de las responsabilidades. Yo creo que Ricardo Sidicaro se interesa mucho más en demarcar los

límites estructurales de la acción. A mí me preocupa mucho más analizar ciertas producciones, que entre comillas podríamos llamar “voluntarias”, capaces de generar una serie de hechos que tienen importantes consecuencias estructurales y simbólicas. Por lo tanto, intento ver cómo se está procesando esa situación ya mencionada en la que el colapso económico, la degradación social y el deterioro institucional han creado situaciones límites a partir de las cuales parece imposible continuar reproduciendo con un mínimo de eficacia los núcleos básicos de la vida social.

En ese sentido, me interesa sobremanera determinar el grado de responsabilidad que han tenido tanto el elenco corporativo político gubernamental como los partidos tradicionales en el diseño e implementación de las políticas estatales que produjeron la destrucción, el despojo y el estado de descomposición social actual. Y si los interrogamos de esa forma hallaremos que su práctica y sus propuestas no se hallan carentes de sentido sino, por el contrario, imbuidas de una nueva mezcla de fundamentalismo de mercado, combinado con altas dosis de pragmatismo y posibilismo. Por ello no me parece adecuado hablar de los partidos en general sino discriminar a aquellos que se hallan fuertemente comprometidos con la producción de la decadencia de aquellos otros que ha estado intentando, durante todos estos años, construir infructuosamente algo que tenga, precisamente, un sentido diferente.

Esta idea es la que me llevó a analizar el reciente intento de construcción de un frente político no electoral de carácter radical y alternativo en torno a la consigna “que se vayan todos”. Cuando uno registra los pormenores de esa frustrada experiencia, lo primero que sobresale es la enorme discrepancia existente entre la trascendencia de los propósitos enunciados y el alto grado de improvisación e inmadurez con que ese intento de construcción fue procesado. Y más allá de los

criterios que se utilicen para distribuir responsabilidades, la conducta errática de sus distintos protagonistas impone una pregunta más general: ¿por qué razón, en medio de una situación tan dramática como la que vivimos, el amplio sector de nuestra sociedad que quiere desprenderse de la extorsión neoliberal sólo genera propuestas políticas inmaduras, precarias, inconsistentes e incapaces de aunar, hasta ahora, sus buenas intenciones con la urgente necesidad que tiene ese sector de transformar la protesta en propuesta y encarnarla en un proyecto de construcción de un polo social y político alternativo a lo existente? Esta es la idea general del artículo.

De allí se desprende un gran tema que me parece importante retomar aquí. Analizando esta cuestión de las diferentes limitaciones que presentan las organizaciones populares para dotar de un sentido distinto y convocante a una posible propuesta de carácter contrahegemónico como la que intentó expresar la consigna “que se vayan todos”, he visto aparecer algunas dificultades específicas que tienen estos proyectos para constituirse en la base de movimientos políticos, relativamente sólidos, capaces de aglutinar a grupos heterogéneos, de establecer alianzas sociales, desarrollar políticas atractivas y convocantes. Y también para darle a estas formulaciones políticas alguna versión coyuntural que les permita ocupar un lugar importante dentro del escenario electoral.

Eso me parece que es producto de una cuestión que no han podido resolver los movimientos contrahegemónicos, ni acá ni en otros lugares, ni en el pasado ni el presente, que es instalar en el medio de la disputa del poder una cultura contrahegemónica consistente. La contradicción se da siempre entre la construcción de un partido testimonial que se concentra en preservar, difundir, trabajar y desarrollar los aspectos de la cultura contrahegemónica, pero con poca resonancia política, o aquellas alternativas que buscan una formulación

política más atractiva pero entran, tarde o temprano, en contradicción con los propios principios contrahegemónicos que le dieron origen.

Quiero mencionar también que esos tres tipos de procesos que registran tiempos de maduración sensiblemente diferentes se desfasan y generan contradicciones mal resueltas, que se exacerban en los momentos en que priman sobre el trabajo político general las convocatorias electorales. Esto genera una especie de retraso e inadaptación de las organizaciones populares que brinda la posibilidad de armar un conjunto de estrategias defensivas y de readaptación a una desacreditada partidocracia tradicional que parecía haber sido liquidada con las movilizaciones de repudio del último año. Así ocurre en el momento actual en que, después del desastre provocado, el elenco destacado y más comprometido de esta democracia corporativa encuentra un amplio espacio para producir mecanismos de relegitimación, o por lo menos de renovación electoral, en medio de la perplejidad en la cual se encuentran las organizaciones que no participan de esta dinámica porque no han podido resolver esta cuestión de los tres tiempos.

Y agrego, por último, dos particularidades de la Argentina. Una es de carácter social y tiene que ver con la impronta especial que le imprime a los movimientos sociales el intenso y rápido ritmo de descomposición que caracteriza actualmente a las relaciones, las estructuras, las clases y las identidades sociales del pasado. La gran velocidad del proceso de disolución de la trama social que contenía a los sectores marginalizados permite generar sólidas expectativas de recomposición y utilizar experiencias anteriores de organización y lucha que influyen decisivamente en la dinámica particular que tienen en la actualidad los movimientos populares.

La otra particularidad tiene que ver con la manera en que un partido que resuelve las tres primeras contradicciones –es decir, que

puede articular una visión más estratégica de la sociedad, con medidas coyunturales y con una propuesta electoral— logra la construcción de un poder alternativo real, y no sólo un poder electoral político alternativo, porque esto último es una ficción. El desafío es cómo se utiliza lo electoral para producir política alternativa. En Argentina, creo que las propuestas transformadoras del ARI y de otros sectores de izquierda no son creíbles todavía porque no se las considera factibles, y no se las considera factibles porque las organizaciones que las sustentan no parecen tener capacidad de generar nuevas formas sólidas de poder alternativo. Entonces suponen un riesgo que la gente parece reacia a asumir, a pesar de que se halla cada vez más acuciada por un conjunto creciente de necesidades acumuladas sin resolver.

**Ricardo Sidicaro:** El texto de Pucciarelli me pareció muy interesante, entre otros aspectos, porque encuentro que manifiesta lo que había pensado con respecto al crecimiento de las tendencias egocentradas de la conducta y el descreimiento general en las jerarquías y las legitimidades de todas las organizaciones partidarias nuevas o viejas.

En condiciones de disolución de la idea de Estado-nación, o del extremo debilitamiento de la misma, necesitamos reconocer lo difícil que se hace la política, porque una definición de la política debería ser “cómo hacemos para conducir la unidad estatal-nacional que existe”.

Mientras la unidad existió, aunque sea relativamente, los partidos se pelearon con mucha violencia porque creían que la entidad valiosa podía ser orientada hacia el lado “A” o hacia el lado “B”, pero en tanto más se producen estos procesos de descomposición a los cuales alude Alfredo Pucciarelli, más los partidos van perdiendo norte. Esto es comprensible, porque en las actuales condiciones qué sentido tendría luchar por orientar una situación de descomposición.

Esta situación les quitó a los partidos los valores colectivos fundantes y, entonces, cada uno de ellos fue pareciéndose cada vez más a una corporación separada de la sociedad, la mega corporación que nombra muy bien Alfredo Pucciarelli. ¿La mega corporación por qué hoy existe? Porque los políticos viven en el mejor de los mundos: la sociedad ya casi no espera nada de ellos. Y en la medida en que la sociedad no espera nada de ellos, ellos pueden centrarse sobre sus propios intereses. Son dos niveles de análisis distintos. En el nivel donde nos situamos la pregunta es: ¿qué pasó con los sujetos que se distanciaron de la política? Uno podría partir del supuesto de que la separación de los sujetos con respecto a la política permitió la agravación de estos comportamientos que pueden caracterizarse como autistas, o mejor, autocentrados, de los políticos.

En este sentido, también puede decirse que había una formulación tendenciosa, o un poco sesgada, en el título de la convocatoria a estas conversaciones, por el hecho de suponer que tiene que haber sincronía entre lo social y lo político. Eso es un supuesto porque puede haber perfectamente procesos en los cuales lo social gira hacia un lado y lo político hacia otro. Y un buen día todo eso se junta, puede estallar, no estallar, o viene el socialismo, caerse el socialismo, etc.

Los problemas que señala Alfredo Pucciarelli son distintos a los míos, porque en mi artículo –y en mis escritos en general– no me pregunto cómo podrían avanzar determinados tipo de actores sociales: estudio aquello que hay y me animo a hacer una mínima insinuación sobre las condiciones estructurales que existen, en las que eventualmente los sujetos tienen los límites de su acción. Si hubiese tenido que describir la sociedad argentina de 1980, nunca hubiese dicho que el fervor democrático iba a acontecer en el año 1983. El fervor democrático apareció por algo que pasó en el año 1982 y que volvió a constituir colectivos. Entonces, si hubiese hecho el análisis del año 1980

habría dicho que probablemente en esas condiciones de fragmentación, a pesar de que no había ningún fervor democrático, una interpelación democrática podría ser más eficaz que la de otras épocas. Estas personas que habían estado tan ligadas por el terror, podían sentirse individuos, y como eran individuos alguien les pudo decir ciudadanos. En cambio, las personas de los años sesenta o setenta se sentían pueblo, y el discurso que los interpelaba como ciudadanos les parecía ajeno, porque ellos creían que eran pueblo.

Se puede pensar entonces que hoy las condiciones son extraordinarias para el desarrollo de políticas de nuevo tipo en la Argentina. ¿Por qué? Porque tenemos más individuos reflexivos. No van a decir que quieren jefes, que quieren programas, que quieren nación, etc., pero sí dicen que quieren solidaridad social. Debemos reconocer entonces que autocentrado no es sinónimo de egoísta. Hay hoy una gran cantidad de individuos que defiende la democracia, y precisamente por eso es que insulta a los partidos y no al sistema democrático, y hay también una gran cantidad de individuos que está probablemente en una situación que podría ser recogida por un líder despótico. De aquí el carácter no valorativo de la individuación. Hay individuos que simplemente hoy reflexionan más, sobre todo en el cincuenta por ciento superior que es el que crea opinión. En ese cincuenta por ciento hay individuos que tal vez usen su libertad, su creciente autonomía y su pensamiento para buscarse cualquier cosa, eso nunca se sabe. Pero, probablemente, ese cincuenta por ciento debidamente interpelado es la base de una nueva política. Nadie podría saber qué política, pero si a mí me dicen que hoy los interpela el "Perro" Santillán, diría que no creo que se reconozcan en esa interpelación. Porque entre la interpelación del "Perro" Santillán y la de Domingo Cavallo, la mayor parte de la gente siguió a Domingo Cavallo. El sector más alto, con sus cuestiones evaluativas, es el que aparece más contrario a la política. En el sector

más bajo, en cambio, aun cuando las cuestiones evaluativas también existen, la tradición peronista es mucho más fuerte. Por eso a medida que uno desciende en la estructura social se encuentra con gente más apegada a las viejas identidades. Pero hasta aquí llega la reflexión sociológica, no sé sacar sobre la base de esto ninguna conclusión con respecto al lugar hacia donde debería ir la sociedad.

**Alfredo Pucciarelli:** A mí me parece, Ricardo, que hay un tema que nos diferencia en el enfoque cuando tomamos la misma porción de la realidad. Aún frente al mismo tipo de problema, nos diferencia el enfoque. Yo creo que en el pasado, y mucho más en el presente, la política ha sido una gran productora de sentido y ha sido una de las actividades de la sociedad más importantes en la construcción del mundo social que hoy tenemos. Por lo tanto, hay un problema de la responsabilidad: la responsabilidad institucional de los partidos, la legislatura, los elencos gobernantes o de los núcleos dirigentes. Y yo creo que éste es el dato fuerte: el saqueo, o sea, el alto grado de destrucción y decadencia que nuestra sociedad muestra como diferencia respecto de otras sociedades periféricas también insertas en el proceso de globalización. Nada de lo ocurrido en nuestro país hubiera sido posible sin el altísimo grado de articulación corporativa que se estableció durante el período democrático entre los productores de políticas institucionales, los productores de mercancías y los productores de sentido.

En el caso de la política, generalmente se plantea el tema en relación con la corrupción y la articulación de intereses compartidos. A mí me parece que es un componente, pero ése no es el decisivo. Lo central, y esto tiene que ver con tu reflexión, creo que está en el papel político de la política en la Argentina para la producción de lo que yo, precariamente, llamo el despojo simbólico. Al despojo material, al



despojo institucional, a la disolución de redes de relaciones, etc., se suma un minucioso y complejo trabajo de reconversión, fragmentación y frivolidad del pensamiento que se traduce no sólo en la eliminación de proyectos sino en la disolución de las condiciones de generación de todo proyecto. Es un estado de resignación desesperanzada del cual no son ajenas, entre muchas otras cosas, la inmediatez, el presentismo y la pérdida de la percepción de la dimensión histórica de los procesos históricos, privación que impide recuperar positivamente las experiencias colectivas de transformación del pasado e imaginar otras circunstancias y otros mundos posibles.

Por eso mi imagen es exactamente la opuesta a la tuya. Yo creo que junto con el pensamiento único aparece la ideología del posibilismo, de la cual todo el mundo habla fragmentariamente pero nadie todavía ha registrado y analizado adecuadamente. Yo creo que la política produce un proceso de ruptura negativa, no positiva, de imaginarios porque quiebra, además de identidades, fundamentalmente voluntades. Para mí el grave problema que sufre la sociedad argentina es que se quedó sin voluntad de transformar aquello que ha sido montado para hacer posible el despojo, paralizada por esa especie de *nuevo sentido común* que combina de distintas formas desafección, inseguridad, miedo al futuro, descreimiento e impotencia. Por ello, ese monstruoso monumento a la cínica perversión que genera la adopción del posibilismo como fundamento de la política, enunciado como la "necesidad de establecer relaciones carnales con los Estados Unidos" fue asumido como política de Estado y tolerado pasivamente por una gran parte de la sociedad, en medio de la artificial euforia consumista que caracterizó a la primera etapa del menemismo.

Aunque parezca en principio extraño, uno de los más importantes productores y difusores del posibilismo ha sido Raúl Alfonsín. Si se observa la relación que establece entre pensamiento y acción se puede

verificar una intención mucho menos escandalosa que la que expresa la fórmula anterior pero igualmente paralizante y perversa. Para afrontar las grandes cuestiones que enfrenta la nación propone objetivos y reformas que son generalmente superadores de la situación existente pero en el momento de transformar los postulados en acción decide por lo contrario, amparado en el reiterado argumento de que se ha modificado la correlación de fuerzas y las reformas siguen siendo necesarias pero imposibles. Piensa y propone ampliar el mundo de los posibles pero actúa negando abiertamente su posibilidad real, el pensamiento deja de ser una guía de la acción para convertirse en una especie de inútil ejercicio utópico, en un productor de vacío que deja sin sentido y vacía también a la propia acción política. Pero es necesario establecer que ese tipo de operación ideológica no es producción política, es parte de la gran variedad de acciones destinadas a justificar la lógica de un tipo de poder que no se alimenta de la explotación sino de la exacción y el despojo.

La producción política propiamente dicha se define siempre por lo contrario, por la capacidad de imaginar y abrir nuevos horizontes dentro de las condiciones históricas de lo posible. En nuestro caso, lo que ha producido la política que vivimos estos últimos veinte años es la construcción de la frontera de lo imposible. ¡Y esto debería ser al revés! Por eso, en relación con lo que vos, Ricardo, mencionás como un proceso de individuación, yo creo que la cuestión es exactamente la contraria: es un proceso de unificación de las personas en un colectivo absolutamente desprotegido de elementos para poder relacionarse con la realidad y generar voluntad. Voluntad de pensar, voluntad de cambiar, voluntad de producir, etc. Por lo tanto, esos otros cambios que deberían haber aparecido con el desarrollo de la democracia no tienen consistencia, no existen y, si existen, se hallan totalmente subordinados a la otra dinámica, que es la dinámica del despojo, la dinámica del no

poder, y por eso no tienen casi relevancia. Aún dentro de ese cincuenta por ciento de la población desafectada de la política que vos, Ricardo, estás mencionando.

Además, tendríamos que analizar la conducta del otro cincuenta por ciento y su incidencia, pero esa es otra discusión. Por lo pronto quiero decir que a vos te parece que dentro de ese cincuenta por ciento que ha sufrido parte de un proceso de individuación, las personas se colocarían de una forma diferente frente a las instituciones, el poder y todo lo demás. Yo también creo que se encuentran de una forma diferente, pero distinta a como vos la pensás, porque las personas están despojadas. La palabra es justamente despojo. La sociedad Argentina no sufre explotación: está sufriendo despojo. A la gente le están quitando lo que tiene acumulado de hace cien años atrás. Y no hay forma de enfrentar el despojo, no la explotación que es otra cuestión. ¿Por qué no hay forma de enfrentar el despojo? Yo no creo que eso se deba a que haya un proceso de individuación. Me parece que es porque hay una unificación, más que una individuación, a través de factores que paralizan. Y, entonces, en ese efecto paralizante que tiene esta ideología del despojo es donde yo ubico la fractura entre el movimiento social y el movimiento político.

Hasta ahora, protestar es posible porque no es arriesgado. Nadie arriesga protestando. Todavía queda un rasgo de voluntad para enfrentar protestando, pero hay miedo de enfrentar a la propia responsabilidad de construir algo que implique un riesgo. En ese caso, el poder dejaría de ser un interlocutor al que es necesario interpelar para reclamar y sería, en cambio, un enemigo a quien desplazar mientras la tarea de interpelación se dirige hacia otro lado, a la consolidación de un nuevo conglomerado social y político que se haga cargo eficazmente de esa tarea. Uno sería Lula. Me parece que la sociedad no quiere construir una alternativa que coloque a un Lula como el responsable de construir

una política nueva enfrentando al poderoso, al grandote del barrio, para decirlo utilizando una difundida metáfora del menemismo, porque aun en el caso de que hubiera voluntad no parece haber posibilidad de generar el caudal de fuerza suficiente.

**Ricardo Sidicaro:** Lo que suelo pensar, en general, no se basa en una distinción que indicaría “aquí está la estructura y aquí está la acción”, porque no creo en esas diferencias. Pero lo que me pregunto es: ¿la gente va a trabajar todos los días?, ¿se crea un tejido laboral que luego es un tejido social?, ¿se crea un tejido de solidaridades?. Esa gente probablemente tendrá un tipo de conciencia correspondiente a los procesos en los que participa. Buena parte de esta gente está desocupada, buena parte de esta gente está flexibilizada, buena parte de esta gente está en todas esas situaciones a las que nos referimos y probablemente se encuentren en ese proceso de individuación.

Se puede decir que ciertas condiciones de la práctica de los sujetos llevan a su forma de pensar. Esa manera de plantear el problema, en el mundo contemporáneo, se está haciendo muy generalizada. Cada vez más aparecen las personas que cuestionan las tradiciones de distinto tipo: de los partidos políticos, culturales, religiosas, folklóricas, etc. En todo caso, aquí la gente terminó mostrando una asociación fuerte entre individuación y protesta, los que salieron a protestar contra los partidos por los cuales habían votado siempre, salieron a protestar contra los políticos a los que ellos daban su voto. Esto indica que esos sujetos no son ni pasivos.

En la medida que la voluntad existe o no en política, son los constructores de política aquellos que pueden reorganizar voluntades. Es muy probable que los viejos organizadores de voluntades políticas hayan quedado descolocados, en principio, frente a cómo es la sociedad, y luego hayan incentivado saqueos por medio de la fragmentación,

exclusión, vulnerabilidad, etc. Todas esas palabras que usamos siempre están fuertemente asociadas a individuos que se encuentran cada vez más aislados. Y los individuos que se encuentran cada vez más aislados tienden a reflexionar cada vez más, bien o mal, por sí mismos. Por eso uno podría decir que en las condiciones de anomia durkheimnianas, pudo salir el nazismo o podría salir cualquier otra cosa. No tiene por qué creerse que eso tiene un sentido.

A partir de lo que Hirschman llama "estrategias de protesta, estrategias de salida y estrategias de lealtad", me atrevería a decir que hay un verdadero partido que aquí ha decidido irse de la Argentina. Es decir, hay una gran cantidad de gente que en lugar de protestar se va: vota con los pies. Otros individuos, en lugar de tener una conducta de lealtad, prefieren protestar. Y la conducta de lealtad prácticamente va desapareciendo. Las fuerzas políticas tienen muy poco atractivo como para generar conductas de lealtad. Puede decirse que esto se observa no solamente en las fuerzas políticas: las encuestas revelan que también la credibilidad en casi todo –y eso que las encuestas no son el medio más idóneo para registrarlo– va cayendo. En cualquier proceso de cambio social donde se agudiza o se radicaliza una etapa, llámese "la democracia o la modernización excluyente", no necesariamente aparecen corrientes sociales constituidas sino que aparece ante todo aquello que ya estaba ahí, fragmentado, pero que se desprendió de lo que lo sujetaba. Sobre todo estas protestas, más que crear un movimiento social, lo que muestran es la acción espasmódica de numerosas personas, que son la punta del iceberg de una situación de descreimiento. Que el descreimiento sea funcional para el sistema, puede ser, ¿por qué no va a ser funcional para el sistema? Lo que no podría decirse es que el sistema predique el descreimiento, porque entonces tendría que pensarse que el sistema es un hombrecito que tiene estrategias. Sí puede decirse, en cambio, que unos predicen

descreimiento y otros predicán otra cosa. Por ejemplo, unos para ganar plata predicán rebeliones, otros para ganar plata predicán aislamiento y posibilismo. Eso es la sociedad plural. Hoy las personas tienen todas las posibilidades de escuchar entre las seis de la mañana y las diez de la mañana, a periodistas que los invitan a reaccionar y a periodistas que los invitan a que no reaccionen.

Lo que tiene de interesante este proceso es que, o bien es una transición hacia la aparición de algo nuevo, o bien es una transición de las propias fuerzas políticas que están sufriendo esto: están todas fragmentadas, no saben qué hacer, carecen de discursos, tienen muchos candidatos y los que tratan de establecerse no puede hacerlo, porque le están hablando a la historia vieja. Quieren interpelar a la clase obrera cuando, en realidad, ya no está. Quieren hablar de un sentido de recuperación de la nación cuando, en realidad, se disolvió la nación. La política tendría que ser hoy la posibilidad de encontrar el lugar donde se constituyen esas voluntades, sin quedar atrapado en creer que el futuro es como al pasado. Uno puede decirlo, porque es muy fácil y hasta poético decirlo, pero se da cuenta que hoy es muy difícil hacerlo. La política se construye desde dos lugares distintos: desde actores sociales constituidos en la sociedad, a los cuales se les hace la representación política –UCR se llamó eso en su origen–, o desde el Estado, donde se hace una interpelación para juntar fuerzas –como fue el caso del peronismo–.

En esta época parecería mucho más difícil construir política desde un tejido social deshilvanado. En cambio, por ejemplo, cuando Perón dijo “trabajadores” no dijo ninguna novedad. Si eran todos trabajadores, ¿qué iba a decir?, ¿los iba a llamar por el nombre? Hoy, en cambio, si alguien quiere convocar va tener que llamarlos por el nombre, o los va a tener que llamar por atributos negativos: humillados, hundidos, etc. Y esto es lo menos positivo para hacer política. Entonces, la interpelación

que constituía a los sujetos en el trabajo no está y hay ahora más bien una dificultad sobre dónde está la construcción simbólica de los sujetos que luego deberá recoger la política. Una interpretación distinta diría: la política debería tener el poder performativo para construir esos sujetos. Esa otra interpretación pero, según mi opinión, naufraga.

¿Se podrá interpelar a las personas hoy desde la solidaridad social? Yo creo que sí, y justamente porque son individuos. Se puede crear, quizás, un nuevo partido con personas de las clases altas, las medias, las bajas, etc., que velen por el discurso de la solidaridad social. Eso que vos hoy viste en diario *Página/12* le duele al conjunto de la sociedad.

**Alfredo Pucciarelli:** No opino lo mismo.

**Ricardo Sidicaro:** ¿No?, ¿Cómo? Entonces hay que considerar que hay personas en las clases altas que festejan eso.

**Alfredo Pucciarelli:** No, no digo que festejen, digo que son insensibles. Me consta. Son gente que no tiene la más mínima preocupación por el otro.

**Ricardo Sidicaro:** Pienso que una correcta interpelación al conjunto de la sociedad de una fuerza política nueva podría crear, en las condiciones sociales actuales, quizás, una fuerza que junte a todas las personas que efectivamente pueden colocarse en el lugar de la solidaridad social. ¿Digo eso para relacionarlo con qué? Para relacionarlo con el problema de la dificultad de la interpelación hoy: la dificultad de la interpelación es que la interpelación tiene que ser mucho más creativa y no puede recoger estructuras, porque las estructuras no presentan sus rasgos con claridad hoy como para que uno las nombre. Esto se llama oferta de bienes políticos, oferta de bienes

transmateriales. La oferta de la Alianza, haciendo la oferta transmaterial de la pureza administrativa en contra de la corrupción, mostró que podía hacer una buena convocatoria, pero luego fracasó. La oferta de bienes que corresponden a la política de nuestra época es la oferta de bienes transmateriales.

**Alfredo Pucciarelli:** Muchas reflexiones me provoca este discurso. Tomo ahora solamente la última. Yo creo que hay una discrepancia en el modo en que entendemos el tema de la fragmentación. Me da la sensación que vos, Ricardo, combinás fragmentación con individuación de modo tal que la sociedad queda casi constituida por una pléyade de individuos. ¿Cómo entiendo yo lo que decís? Hay individuos de todas las clases sociales que podrían responder al unísono sobre una misma interpelación. Lo que predomina ahí es un carácter individual y no un carácter social.

**Ricardo Sidicaro:** No, porque, por ejemplo, cuando Perón interpela en nombre de la nación, logra que en esa interpelación se reconozcan incluidos individuos de todas las clases sociales.

**Alfredo Pucciarelli:** No, interpela contra la oligarquía. El pueblo contra alguien.

**Ricardo Sidicaro:** Sí, pero eran individuos de todas las clases sociales. De todos modos, en general no uso las referencias a las clases sociales porque creo que actualmente no cabe hablar las clases sociales.

**Alfredo Pucciarelli:** Ese es el punto y creo que es la discusión que no está hecha. Es cierto que no hay identidades, o para ser más precisos, que hay un proceso de disolución de identidades, pero eso no quiere decir que haya un proceso de extinción de las clases. Yo creo que



hay una diferencia muy grande entre una y otra afirmación. Estamos viviendo un momento de la historia en el cual se da esa relación contradictoria porque las clases no pueden construir identidades. Yo no sé si la pérdida de la identidad va a llevar a la disolución de las clases, o esa nueva forma de ser de las clases generará nuevas formas de identidad. Pero dejamos esta discusión, si te parece, Ricardo, para otra oportunidad.

**Ricardo Sidicaro:** Bueno, el tema nos llevaría demasiado lejos y ya no hay tiempo. La dejamos para la próxima.